

BORRADOR

10 de marzo de 1960

Durante los últimos días han ocurrido diversas expresiones de Casa Blanca que indican un sentido de confusión y una política contradictoria respecto de Puerto Rico.

A su llegada al aeropuerto de San Juan, el Presidente, siguiendo una línea consistente de pronunciamientos no ya ante los Estados Unidos y Puerto Rico, sino ante la opinión latinoamericana y aun mundial, hizo un cálido elogio al Estado Libre Asociado y reiteró su apoyo al principio de la autodeterminación puertorriqueña. Posteriormente se llevó al señor Ferré, señalado opositor de todo lo que significa el Estado Libre Asociado, en su avión a Washington, dándose la impresión pública de que se iba a discutir un plan para reemplazar el Gobierno de Puerto Rico en noviembre próximo. En Washington, sin embargo, el señor Hagerty afirmó que el Presidente quería hacer meridianamente claro que el Partido Republicano no impondría la estadidad a Puerto Rico a menos que no hubiese la expresión de la voluntad de la mayoría del pueblo de Puerto Rico. Esto se tenía que interpretar como un rechazo a la tesis de Ferré de que los Estados Unidos deben respaldar la estadidad para Puerto Rico. Y, posteriormente, en el New York Times aparece el señor Hagerty como diciendo que el Presidente respaldará la candidatura del señor Ferré frente al candidato del Partido Popular Democrático en las elecciones de noviembre próximo. Resumen: confusión, contradicción, y afirmación y negación a la vez del principio de la autodeterminación puertorriqueña.



Conviene mirar esta situación serenamente desde dos puntos de vista. Primero, como puertorriqueños; segundo, desde el punto de vista de los intereses más profundos de la política de los Estados Unidos y el papel que en ella desempeña Puerto Rico. La primera realidad que hay que considerar es que la política interna de Puerto Rico no responde a las mismas tendencias y situaciones que la política interna de los Estados Unidos. De igual modo que la cultura es diferente, la trayectoria política también ha sido diferente. Aplicarle a la política de Puerto Rico los métodos, tradiciones y costumbres de la política de los Estados Unidos es sencillamente cometer un ingenuo error y desconocer de cuajo el impacto que tal actitud puede provocar en el pueblo puertorriqueño. Uno de los grandes valores de la política de los Estados Unidos hacia Puerto Rico a través de las últimas administraciones demócratas y republicanas ha sido el de mantener un respeto profundo por las luchas políticas de Puerto Rico y de dejar que éstas se desarrollen respondiendo a los problemas y peculiaridades y realidades puertorriqueñas y no a direcciones de Wáshington. Cualquier intento que ahora se realice por cambiar esa tradición tiene que resentirlo hondamente gran parte del pueblo puertorriqueño y verla como un intento de perturbar su libre desenvolvimiento democrático. Pretender que los candidatos a la gobernación o a cualquier otro cargo electivo deben contar en Puerto Rico de ahora en adelante para poder triunfar con el respaldo abierto y militante de los presidentes de los Estados Unidos sean estos quienes sean, es una política de negación del principio de la libre determinación puertorriqueña y una forma de restablecer



un espíritu colonialista de dependencia psicológica en las luchas políticas nuestras.

¿Conviene esto a los Estados Unidos, no ya en su relación con Puerto Rico sino en su relación con América? ¿Conviene que se entere la opinión latinoamericana de que el Presidente de los Estados Unidos ha decidido apoyar al candidato de la oposición a Luis Muñoz Marín, quien es uno de los baluartes del entendimiento entre los Estados Unidos y la América Latina? ¿Qué otra cosa sino intervención en los asuntos internos de Puerto Rico significaría tal actitud en abierta violación de todo lo que dijeron los Estados Unidos ante las Naciones Unidas y de todo lo que han dicho desde entonces de respaldo a la libre voluntad política puertorriqueña? ¿Qué confusión y perplejidad no ha de surgir entre los amigos de los Estados Unidos en la América Latina cuando se enteren de esta noticia y qué alegría y contento no va a surgir entre los enemigos de los Estados Unidos que día tras día y hora tras hora lo acusan de mantener a Puerto Rico en una farsa colonialista y de tener agarrotada la libre voluntad puertorriqueña? Si la administración del Presidente Eisenhower da definitivamente ese paso, es nuestro deber sereno y objetivo señalarse su error. El pueblo de Puerto Rico repudiará por gran mayoría en las urnas este intento innecesario e injustificado de intervención en sus contiendas políticas y en lo que toca a sus relaciones con la América Latina, la administración contribuiría a sembrar perplejidad y confusión entre sus amigos con relación a Puerto Rico y a provocar contento y satisfacción entre sus enemigos. Con toda honradez hay que reiterar que ésta es una política profundamente equivocada, profundamente innecesaria y profundamente perjudicial para los mismos intereses de los Estados Unidos en América.